

DIRECTORA:

SARA CASALVda. DE QUIROS

Apartado 1239

Teléfono 3707

OFICINA mi casa de
habitación N° 2730
BARRIO: LA California
Av. 1ª Calles 27-29

REVISTA COSTARRICENSE

PUBLICACION SEMANAL PARA EL HOGAR

Benedicida y aprobada por Su Santidad Pío XI
Con la aprobación de la Autoridad Eclesiástica

Suscripción Mensual

—de—

cuatro números

₡ 1.00

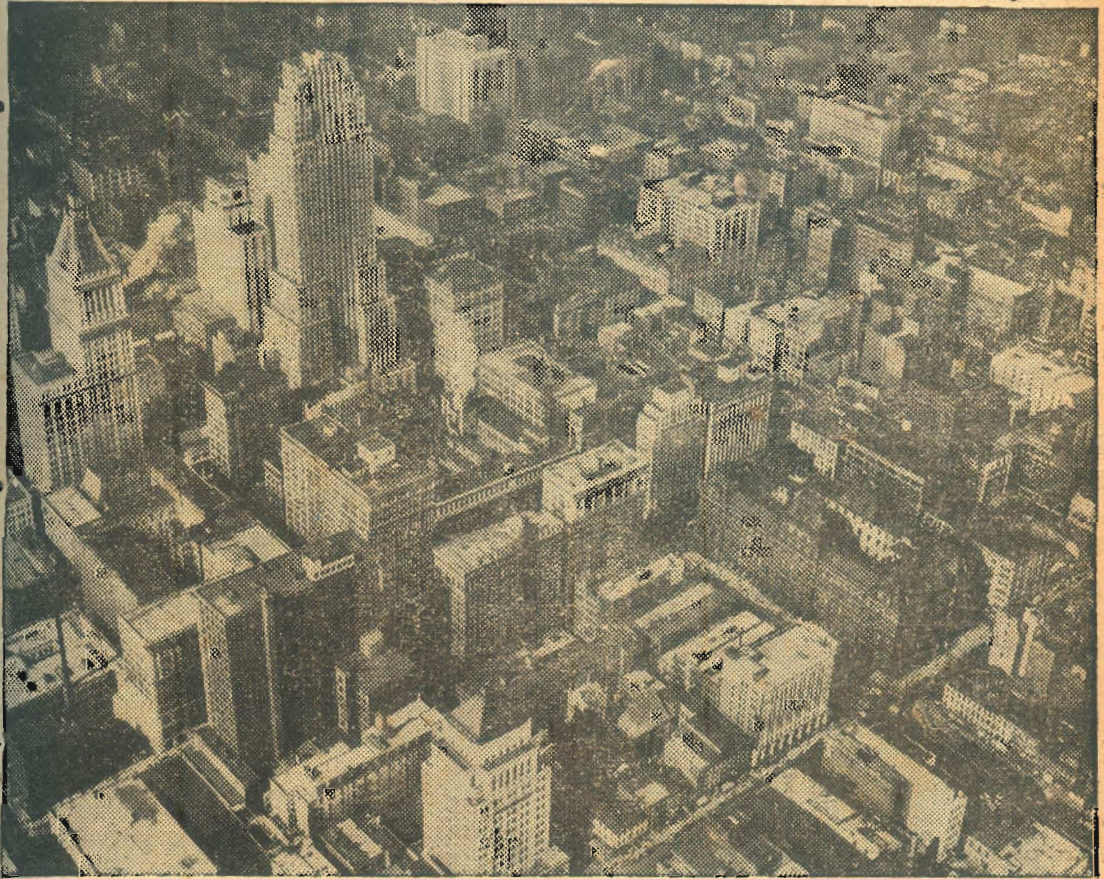


AÑO XVI

San José, C. R., Domingo 7 de Setiembre 1946

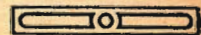
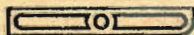
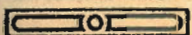
No. 700

Ciudades de los Estados Unidos



CINCINNATI.—Esta ciudad, en el Estado de Ohio, es internacionalmente famosa como un centro de música, arte y educación en general. Las más conocidas de sus instituciones culturales son el Conservatorio de Música de Cincinnati, la Universidad, el Museo de Arte y la Academia de Arte. Situada en la ribera norte del Río Ohio, Cincinnati tiene treinta millas de frente al río. Su población es mayor de cuatrocientos

cinco mil habitantes. Sus industrias y manufacturas incluyen productos de metal; vehículos de motor y una vasta producción de imprenta y publicidad. Esta fotografía aérea muestra una vista del centro de la ciudad con algunos de sus rascacielos, el más alto de los cuales, llamado "Carew Tower", tiene quinientos setenta y cuatro pies de alto.



Santa Muerte de los tres grandes Fundadores del Oratorio de San José de Montreal

El 8 de octubre de 1918 murió el R. P. Gerges-Auguste Dion, Rector del Oratorio y Superior Provincial de la Congregación de la Santa Cruz. Fué un santo sacerdote que colaboró íntimamente con el Hermano André, y lo ayudó en todas las obras, jamás se opuso a las inspiraciones que recibía del cielo el humilde Hermano portero. Se comprende que fué providencial colocar al lado de él un Superior humilde que jamás se interpuso, como casi siempre sucede para las obras de Dios.

Todo el mundo quería al P. Dion, lo consideraban no sólo como a un varón superior sino como a un santo. Su muerte fué un duelo nacional.

Muerte del Hermano André

El Hermano André se muere... El Hermano André va a morir... esos y otros lamentos parecidos se oían por doquier. Y en la ciudad de los Reyes los periódicos anunciaron la tremenda noticia; de hora en hora, el radio anunciaba las noticias cada vez más alarmantes. En la Metrópoli, en la provincia entera, no se hablaba más que de la muerte del Hermano André: los niños suspendieron sus juegos y ¿se decía, sabes tú?... El Hermano André está agonizando... se muere...!!!

Las viejitas van a la Iglesia a orar por el Hermano André; en las escuelas se reza una decena de Rosarios. En la calle, en los tranvías, en los ascensores, los hombres de negocios, las mujeres ligeras, el pueblo humilde y aún la gente que no era católica, todo el mundo hablaba de que el Hermano André se moría...

La muerte liberadora todavía no ha acabado su obra y ya un estremecimiento popular se anuncia; una avalancha de gente va al Hospital de San Lorenzo donde el

Hermano André agoniza... Sus hermanos del oratorio permanecen a la cabecera del moribundo, otros vienen de las demás casas a saludar la partida eterna de aquel que fué la gran figura de la Congregación de la Santa Cruz... Los familiares y amigos íntimos todos llorosos no pueden resolverse a retirarse del pequeñísimo cuarto donde posan las últimas horas de la vida de este santo hermano... Todos los pueblos vecinos afluyen con rosarios, crucifijos, objetos piadosos para que toquen el cuerpo del hermanito y para conservarles como reliquias inestimables. Los enfermos vienen a arrodillarse cerca de su cama y le piden en alta voz que les cure de sus enfermedades.

Finalmente sobre la lluvia de innumerables absoluciones, el primer miércoles del año, en la fiesta de la Epifanía a la una menos diez de la mañana el alma del Hermano André voló hacia el buen Dios: una muerte muy dulce, sin convulsiones, sin prodigios exteriores, una muerte sencilla y humilde; resumen: **Símbolo y coronación de una vida simple y humilde.** En la Cámara mortuoria, brilla de repente una santa alegría, y se canta la muerte como se cantaría el de una victoria: Te Deum laudamus... Magnificat...

SIMPLICITY

EL PATRON MAS EXACTO

EL MAS ELEGANTE

LO ENCONTRARA UD. EN LA

Tienda de DON NARCISO

Pero he aquí que en el instante mismo en la ciudad y en toda la Provincia, por todo el país se aparece la noticia como un golpe eléctrico, el telegrafo lo comunica por todas partes, el radio especialmente, se dedica a hacer volar la noticia a los cuatro vientos del cielo.

Es como un gran suceso el que ha acaecido, y un estupor inunda a todo el pueblo: el Hermano André es una institución permanente entre todos y he aquí que se va para siempre, nó, no lo podemos creer... Durante algunas horas el choque detiene los ánimos y no hay tranquilidad para disponer los cuidados que reclaman los restos mortales.

En las primeras horas del día se procede a hacer la máscara fúnebre para que

su santa figura quede exacta y sea reproducida en mármol para que su recuerdo no se borre jamás. También se extrae el corazón del Hermano Portero, este corazón que compartió tantas miserias físicas, con sus hermanos los pobres, que vibró al contacto de tantas amarguras morales, este corazón sobre todo, que se consumió en amor y servicio de Dios y de su prójimo, este corazón será guardado celosamente como un príncipe no guardaría las joyas de su corona.

Y ahora el Hermano André duerme su sueño tranquilo en un ataúd de pobres simple cofre de madera cubierto con paño negro.

Continuará

Locura o Realidad

Por María Dolores de Posada

Hace aproximadamente 12 años, fui protagonista del caso extraordinario que hoy, por indicación de M. R. P. José A. Romero, doy a conocer para pagar, en parte, la deuda de gratitud que tengo contraída con la enorme pequeña Santa, Teresita del Niño Jesús.

Recién venida del pueblecito de la Sierra de Puebla donde yo nací, viví algún tiempo con las M. R. M. Josefinas, pues casi acababa de dejar el Colegio de San Vicente donde, con ellas, me formé, en la Capital de aquel Estado.

Durante el tiempo que viví con ellas, me invitaron frecuentemente a tener devoción a Teresita; devoción a la que me resistí siempre por considerarla enteramente simple y para mí, antipática. Pero Teresita tenía otros proyectos.

Enfermé gravemente de peritonitis y con esa enorme fuerza de voluntad que en todas ocasiones me ha caracterizado, tuve fuerza de presentarme a las oficinas de la primera revista femenina donde, pueblerina aún, empecé a desenvolverme. Al ver que el caso era serio, el Jefe de Redacción

FARMACIA Dr. M. FISCHER

TELEFONO 4877

EXISTENCIA PERMANENTE DE PENICILINA,
SUEROS Y VACUNAS

Esmerado Despacho de Recetas. Servicio inmediato a domicilio. En la Farmacia Fischer siempre encuentra lo que busca

me obligó a regresar a casa y entonces las Madres Josefinas vivían hasta Tacubaya. Toda golpeada, puesto que los dolores me obligaban a caer sobre mi escritorio en todas direcciones, salí del edificio y me dirigí al zócalo para abordar un tranvía que me llevara hasta Tacubaya.

A las 4 de la tarde, muy poca gente había subido al tranvía que yo tomé. Los asientos iban, en su mayoría desocupados y casi en plena inconsciencia, preferí uno de los últimos asientos, pues tenía el proyecto de arrojarme del tranvía en caso de sentir que llegaba mi hora. La trepidación hizo más fuertes aún mis dolores y, con los ojos ya velados, pude distinguir mis manos amoratadas. Nuevamente mi fuerza de voluntad hizo un milagro, y con gran trabajo, empecé a frotar mis manos y brazos para obligar a la sangre a que circulara. El conductor del vehículo se detuvo largamente junto a mí; podría asegurar que me cuidaba.

Cuando los dolores se hicieron verdaderamente insoportables al grado de que hasta mis ojos fallaron, dejé escapar esta irreverente plegaria: "Teresita, tú sabes que no te quiero, que me has sido siempre antipática. Dicen que eres muy milagrosa y ahora es precisamente cuando te necesito. Déjame morir en casa de las Madres; pero no me dejés morir en el tren". No bien terminé de pedir su favor, cuando, entre las sombras de la muerte pude distinguir a una señorita con un enorme parecido a Teresita, llevando en las manos un ramo de rosas. No sé cómo iba vestida, seguramente que ajustada a la moda de la época. Dejando tantos asientos desocupados como había, llegó hasta donde yo estaba. Puso sus rosas sobre sus rodillas de manera que sus tallos cayeron sobre las mías. Cerré los ojos y como por encanto, desaparecieron totalmente los dolores para dejar lugar a una serie ininterrumpida de vahídos que ya pude soportar; pero que en todo el trayecto no me permitieron volver a abrir los ojos. Poco antes de llegar a Tacubaya, el motorista detuvo brus-

camente el tranvía y creyendo yo que había habido algún accidente, trabajosamente abrí los ojos en el momento en que la voz de aquella muchacha, me calmaba: "No se aflija Ud., es una piedra que está sobre la vía. Usted viene muy enferma. ¿Quiere Ud. que la lleve hasta su casa?" Con un movimiento afirmativo de cabeza, acepté su ofrecimiento; pero no le dije donde vivía. Al llegar a la Alameda, entre ella y el conductor me bajaron. Me condujo, paso a pasito, hasta la puerta de la casa de las Religiosas, llamó con el timbre y salió la portera. Yo no volví a ver más a mi compañera porque no pude abrir los ojos. Sólo oí que la portera le decía pase Ud., señorita, para que la Madre Superiora le dé las gracias". A lo que mi acompañante respondió que no podía detenerse, tenía prisa por regresar pronto. Recomendó que me cuidaran mucho porque iba yo demasiado grave y se alejó, siempre con su ramo de rosas en los brazos. La portera me llevó hasta mi cuarto, casi sin querer tocarme; pero en el trayecto hizo esta pregunta que fué para mí una revelación: "¿Qué ha hecho usted de bueno en la vida para que la hubiera traído Teresita?" Media hora más tarde los médicos aseguraban que hacía rato estaba yo en agonía y que no se explicaban cómo pude haber estado verdaderamente grave, en la calle. Desahuciada, me auguraron pocas horas de vida.

Nadie ha sabido, hasta hace poco tiempo, este prodigio de Teresita que ni siquiera tuvo el poder de hacerme una ver-

Joyería MULLER

La más antigua y acreditada Joyería, donde encontrará Ud.: Relojes de las mejores marcas, joyería finísima y artística.

Preciosos regalos para bodas.

dadera devota de ella. He sido ingrata, sentía por ella la misma antipatía de los meses anteriores, no le tuve cariño ni gratitud, en una palabra.

Pero tiempo después, en una pena verdaderamente grave, tuve la osadía de invocarla sin haberle agradecido nunca el primer enorme beneficio. "Teresita —le dije— tú sabes que nunca te invoco; pero ahora que tengo una pena tan grande, sé que sólo tú puedes remediarla. La Virgen Santísima y el Sagrado Corazón no saben escuchar a pecadoras de mi talla y es por eso que te invoco a ti, para que tú intercedas por mí". El milagro pedido se hizo. Pero esa misma tarde tuve necesidad de solicitar de la señora Betancourt parienta y comadre mía y hermana política del actual Gobernador del Estado de Puebla, el favor de que me prestara una cama, pues tuve visita inesperada. Gentilmente, la señora aludida mandó todo lo necesario. Pocas horas después de realizado el milagro de Terestia, llegue a mi cama, esta vez si muy agradecida; pero todavía sin sentir por ella una gran simpatía. Me acosté y, después de apagar la lamparita de buró, me sentí verdaderamente molesta por un fuerte perfume de rosas. Inmediatamente pensé que la persona encargada en arreglar las camas, me había puesto el colchón de Carmelita en vez de dejarme el mío. Con el fin de buscar la mancha de perfume y cambiarme de lugar, encendí nuevamente la lámpara y, con enorme sorpresa de mi parte, vi que en la cama estaba mi propio colchón y toda la ropa que era mía. Inmediatamente que me convencí de esto, el perfume de rosas desapareció totalmente. Pasaron otros cuatro años y no volví a invocar a Teresita porque, ingrata siempre, viví a olvidarla.

Mi cariño por ella data de tres meses a la fecha. Tuve necesidad de presidir unos exámenes en Toluca y las alumnas graduadas quisieron celebrar su graduación con un solemne Te Deum en la Parroquia de Guadalupe de aquella ciudad. Luces y flores, trajes largos y rostros sonrientes.

Muchos curiosos se aglomeraron a las puertas del Templo y, por este motivo, la salida fué lentísima. Detrás de las graduadas íbamos la profesora del grupo y yo. De pronto, frente a mí, descubrí una imagen de Santa Teresita, descolorida y corriente, en marco igualmente corriente. La vi. Su mirada se dirige hacia la puerta, que queda a su izquierda. De pronto se me ocurrió decirle: "¡Ay Teresita, qué fea estás!" Como si en sus ojos se cuajaran lágrimas, brillaron intensamente, se volvieron hacia mí mirándome todo el rato en que no pude moverme por lo difícil de la salida, y nuevamente se volvieron hacia la puerta, ya sin brillo.

Este ha sido el milagro que me ha hecho quererla como ahora la quiero, propagando su devoción y asegurando a todo el mundo que no hay una sola cosa que se le pida que no la conceda.

En agradecimiento y cumpliendo una promesa que por mi propia ingratitud había olvidado, el Sábado de Gloria del año actual entregaré a la Parroquia de Tetela de Ocampo, mi pueblo natal, una linda imagen de Teresita con un marco digno de los prodigios que me ha hecho. Cumplo, pues, la promesa de llevarla para que ahí sea querida y venerada tan intensamente como ahora yo la quiero y la venero, así como la de publicar sus maravillas tanto más notables, cuanto que las hacía con una persona que siempre tuvo por ella, una verdadera antipatía.

CONSULTORIO OPTICO "RIVERA"

Exámenes científicos de la vista
LENTES Y ANTEOJOS
DE TODOS LOS PRECIOS
Frente al Gran Hotel Costa Rica

La Verdadera Felicidad

No hay felicidad posible para quien siempre está pensando en sí mismo, en sus dolores o en sus tristezas

Orison Sweet Marden

No hay en efecto mayor desdicha que la de pensar continuamente en uno mismo y en su mala suerte. La felicidad es una amalgama de pequeñas y grandes satisfacciones, de alegrías y de pesares, de esperanzas y de triunfos, de anhelos y de realidades. Es absolutamente imposible dar una receta de felicidad, ni seguir una norma de conducta para alcanzarla, porque la felicidad la trae la propia vida; siempre que esta se viva normal y conscientemente y no es posible, como es lógico, reducirla a una cuestión matemática, pues depende, en absoluto, de nosotros mismos, de la rectitud de nuestras obras y de nuestros pensamientos, de la bondad de nuestro corazón y de la altura de nuestros ideales.

La suerte no es buena, ni mala, ni adversa; es tal cual la necesitamos para nuestra dicha presente, o futura, o para nuestro feliz arribo al más allá. Lo que hoy podemos considerar una desgracia, veremos mañana que fué nuestra salvación; una alegría presente puede prepararnos para muchos momentos dolorosos; lo que hoy nos asume en la mayor tristeza, veremos mañana que contribuye a nuestra felicidad. Pero para ello debemos siempre aprovechar todos los infinitos y continuos goces que la vida nos ofrece, ya sean éstos tan insignificantes en apariencia que podamos hasta creer que no vale la pena; pues si sabemos comprenderlos y valorarlos, uniéndolos a otras satisfacciones, les hallaremos todo su valor, ya que en nosotros mismos está la fuente de todo bien y de todo mal que pueda sobrevenirnos.

Nuestros mismos pensamientos pueden tener influencia decisiva sobre nuestra fe-

licidad cotidiana; haciéndonos placenteros, gratos, generosos tendremos mil veces más satisfacciones que si dejamos deslizar en ellos ideas de rencor o de envidia. Nada hay que amargue tanto el corazón como el deseo de lo que otros poseen, como la envidia de los bienes ajenos, como el anhelo de lo que es imposible alcanzar. Ja más lo nuestro nos parecerá suficiente si envidiamos lo de los otros; jamás lo nuestro será bastante hermoso, si siempre lo de los demás nos parece superior. Conformándonos con lo poco tendremos lo mucho, que Bienaventurados son los humildes, y sabiendo renunciar con generosidad y altura a lo que no nos corresponde, poseeremos mil veces más en satisfacciones y tranquilidad de conciencia. Si nuestra casa es humilde, pero hay en ella armonía, cariño y estimación; si es rica en alegría de vivir, debe parecernos mucho más hermosa y más grata de habitar que aquella suntuosa, pero falta de afectos y calor de hogar, en la que sólo se puede encontrar el lujo frío que proporciona la fortuna.

Nuestra vida será pródiga en felicidad si llegamos a comprender que no hay dicha más grande que las satisfacciones morales y que vale más, mil veces más, un corazón comprensivo y bueno dentro del pecho, que una libreta de cheques en el bolsillo, por más cuantiosos que sean los bienes que a ella respondan. En suma, que las palabras de Marden nos hacen meditar: Que olvidándonos un poco de nosotros mismos, podremos hallar al fin de la jornada la felicidad que poco a poco y humildemente habremos ido acumulando en nuestra vida.

M. Dupuy de Lome.

NOVELA

(Continuación).

—¡Sentémonos! —dice. Y después de un silencio, durante el cual me ha dejado compenetrarme con el suave hechizo que emana esta extraña necrópolis—: Los escritores que amaron y comprendieron Istanbul, Lamartine, Loti, Régnier, Farrère, han sentido de mil modos esta sinfonía panteísta, que es un cementerio turco. Y que en el primer encuentro nos desorienta a los occidentales, acostumbrados a aislar a nuestros difuntos en fortalezas pretenciosas, rídiculas. Nuestros cementerios de gran ciudad, de avenidas numeradas, bloques de nichos y tumbas "perpetuas", pretenden llevar la civilización a regiones inaccesibles. Un día se inventarán rascacielos para cadáveres y habrá descuentos al comprar los nichos al por mayor. Resulta paradójico, pero el sentido cristiano de lo que es en verdad la muerte, yo lo percibo en estos cementerios turcos lo mismo que en esos humildes cementerios conventuales. —Y con un gesto que envuelve todo ese universo de cipreses—: Aquí no hay categorías ni clases. El rico, junto al pobre. Ocupando poco sitio y su nombre poca piedra. Humildad ante Dios. Los turbés de sultanes y pachás, abiertos de par en par a todos los rezos y todas las piedades. Y la tierra que cabe disputarse en vida, compartida en el descanso eterno de un modo fraternal.

Confiados, unos pájaros saltan en torno nuestro. Del campo, ricamente abonado, sube un olor a savia fresca.

Tábara se levanta y coge mi brazo.

—Tomemos el coche.

Por caminos accidentados y polvorientos seguimos atravesando cementerios. Si cada ciprés de pie significa un muerto acostado, aquí uno de estos centinelas negros vigila una legión de lápidas. Me recuerdan estos pequeños guardacantones del más allá las figuras de un guñol que yo tenía de

niña. Sobre unos troncos lisos e iguales, de madera, las cabezas querían ser ya un guerrero, ya una princesa, ya un brujo. También estas lápidas delgadas, enclavadas en la tierra, con sus turbantes voluminosos o su adorno de flores, representan ya un hombre, ya una mujer... Algunos turbantes, como decapitados por la cimitarra del tiempo, yacen entre las hierbas o el polvo. De vez en cuando un turbé alberga los catafalcos de un pachá rodeado de los suyos.

La Naturaleza se ha ido empobreciendo. Los cipreses raquíuticos, de tronco blanco, parecen esqueletos. Unas planicies yermas se extienden bajo el azote del sol. Las lápidas verticales, más o menos enhiestas, han desaparecido. Y una llanura cubierta de losas funerarias desciende hasta el Cuerno de Oro...

—Son los cementerios judíos —me dice Tábara. Y hace detenerse el coche.

Yo contemplo absorta el paisaje que se extiende a nuestros pies. A la derecha, E-yup, verde y frondoso, con las cúpulas blancas de su mezquita. Debajo de nosotros, los tejados morenos y las casas rojizas del barrio de Kasim-Pachá. Después las aguas luminosas del golfo. Y enfrente, Constantinopla, escalonando unas colinas, con los domos azules de sus bazares, los mástiles de plata de sus minaretes, los arcos de su viejo acueducto y sus manchones de verdor.

—Lea... —me recomienda Ali Vivanco, apoyando su mano en mi brazo. Y con asombro descifro en una vieja losa:

"Aquí reposa el difunto Avraham Bejarano mucaco de 24 años malogrado alado de su padre enterado sufrió Ah! terriblemente lo yoran kontinualmente

clas! sin lograr ni
kazar vino ala tierra
arepozar ah! ainda
tanto mansevo
se le derityo presto en
su seno
Korason de oro i onesto
en gan eden sea
puesto”.

Al lado, en otra tumba donde descansa
“la difunta señora de Isaac Alcalá”, un rue-
go patético a la que todo lo cubre:

“su tiyera se aga algodón...!”

—¿Español? —interrogo, extrañada.

—Sí. Es éste el camposanto de los ju-
díos españoles descendientes de aquellos e-
migrados en tiempos de Fernando y de
Isabel. Y que después de andar errantes,
han venido hace siglos a enclavarse allí en-
frente, en ese barrio de Balata, que es el
“Ghetto” de Constantinopla. En su mayo-
ría, artesanos o mercachifles, conservan aún
colgada de un clavo de su lóbrega vivienda
la llave de la hacienda de Córdoba o del
palacete de Granada, que tuvieron que a-
bandonar. Y a través de generaciones, han
ido trasmitiéndose un español que ya ni si-
quiera es el del siglo XV.

Recortando sus siluetas negras y raídas
en la claridad que nos envuelve, surgen u-
nos extraños individuos de barbita en pun-
ta, nariz encorvada y viejos hongos verdo-
sos. Sus chaquetas les alcanzan las rodillas.

—Vuenas tardjes —dicen con voz opa-
ca. Y, callados, se sientan en una losa.

Tábara me explica:

—Vienen a meditar...

Continuamos andando. El cementerio ju-
dío sigue extendiendo ante nosotros su pol-
vorienta desolación. Los turcos, que admit-
ten a Jesús como Profeta, hacen pagar ca-
ra su muerte a sus verdugos. Y esta pen-
diente, árida y seca, es como una colina
maldita, en medio de toda la suave belleza
que la rodea.

—Un día iremos a Balata —me promete

Vivanco—. La ciudad más lamentable que
cabe imaginar, pero en la que muchos de
sus habitantes llevan viejos nombres espa-
ñoles y nuestro idioma o su caricatura, se
habla y se comprende como el nativo.

En efecto, he podido observar que en Is-
tambul es fácil darse a entender. Puerto a-
bierto a todas las naves del Mundo, con nú-
cleos de poblaciones venidas de todas par-
tes, entienden sus habitantes todos los idio-
mas y todos los dialectos, y puede uno di-
rigirse al primer traunseúnte en francés, en
inglés, en alemán o en español, con la se-
guridad de ser comprendido.

Volvemos a tomar el coche.

A lo lejos, en el desierto implacable, se
destacan, negras e inmóviles, las siluetas de
los dos judíos, como dos grandes cuervos
en el Campo de la Muerte.

XVIII

Nadine no se resigna a que su antiguo
novio no le preste atención. Si en los pri-
meros momentos su afán por interesarle era
disimulado, según se deslizan los días va
“cargando la nota”. Pero en vano desplie-
ga ante Tábara su plumaje de pavo real,
poemas, gasas, citas y joyas. Según voy co-
nociendo a Ali Vivanco, sé que detesta
lo artificioso, lo forzado. El otro día, sin
ir más lejos, me dijo, a propósito de una de
nuestras veladas:

—A mí estas gentes, que para demostrar
que han leído, que han estudiado y que
han pensado, necesitan abrumarle a uno de
citas, me hacen el mismo efecto que si me
recitasen reglas gramaticales para conven-
cerme de que no hacen faltas de ortografía.
¡Como si la cultura no fuese precisamente
lo que le queda a uno después de leer, de
pensar y, sobre todo, de vivir! Esa facul-
tad de saber ver y saber apreciar y saber
sentir como es debido. Llegamos a escribir
correctamente, sin saber por qué. Y cuan-
do nuestro espíritu es realmente cultivado
—que es más que culto—, se manifiesta en

toda ocasión de un modo elegante... sin que tampoco sepamos por qué...

Nadine me da lástima. Su vida, en el fondo, es tan vacía como la mía. Mucho más vacía, pues yo tengo a Pepe y a Luis. Y a gentes humildes que me necesitan. Nadine sólo tiene su salón.

XIX

Virginia, en cambio, ha cambiado de táctica. Se aísla menos con Jaime, y frente a Ali Vivanco ha adoptado la actitud de una hermana menor afectuosa y solícita. Ahora es ella quien le alisa los cojines y le tiende los bastones. Pero, a pesar de su tino, también ella se pasa. Y más de una vez he creído percibir una crispación de impaciencia en los labios delgados de Tábara.

Yo me mantengo en una actitud de pasividad discreta. Dejo que todas las iniciativas partan de él. Que sea él quien invite, proyecte y disponga.

Y no me va mal. Alfonso Vivanco me demuestra abiertamente su predilección. ¿Cuántos días llevo aquí? No lo sé. Como sus años de enfermedad, me parecen eternidades. Me pregunto qué es lo que le atrae en mí. Porque algo le atrae, no cabe duda. Por muy modesta que yo sea, no puedo ignorar la mirada risueña, tan rara en él, con que acoge mi llegada. El visible bienestar que siente en mi apagada compañía. El interés que le impulsa, aún a costa de un esfuerzo físico, a mostrarme cosas y rincones y paisajes que él ama. ¿Por qué? Y, sobre todo, ¿por qué me escucha con una atención contenida, seria o risueña, pero en la que, sin que él mismo lo sepa, va habiendo algo de ternura?

El otro día me dijo de repente:

—Sus ojos me recuerdan los de mi madre.

Hubo un silencio entre nosotros, y en mí un gran deslumbramiento.

—Ella tenía su mismo mirar, un poco vago, reflexivo y maravillado a la vez...

Y yo he reído suavemente:

—¡No sabe usted lo delicioso que es ser miope! El mundo se ha achicado en torno nuestro. Y ese pequeño mundo, diario y familiar, lo poblamos a nuestro antojo con todo lo que queremos. Los seres y las cosas tienen que estar muy cerca de nosotros para que los percibamos. Y cuando del otro mundo de fuera algo nos interesa, tiene que ser con una doble fuerza, ya que nuestra escasa potencia visual nos obliga a que seamos nosotros los que vayamos en su busca. Nosotros, a la fuerza, tenemos que ser más ensimismados, más fantásticos, ya que la clara visión de lo real está fuera de nuestro alcance.

—Y las gafas, entonces, ¿para qué sirven?

—¡Nada tienen que ver con el complejo!—le he contestado rápida. Y después temí que, a mi vez, me encontrase rebuscada. Pero, al contrario, mi observación pareció hacerle reflexionar.

—Es cierto. El complejo lo crea algo superior. Así, por ejemplo, yo me imagino que aunque la Ciencia lograra volver a hacer de mí un hombre fuerte y ágil, la huella espiritual no habría quien la borrara.

Y de repente:

—¿Sabe usted que si yo fuese capaz de someterme a dos nuevas intervenciones quirúrgicas los médicos me prometen una mejoría tan notable que pudiese ser la normalidad?

—¿Y por qué, entonces...?

—No me decido. ¿Para qué! ¡Ya no vale la pena! ¡Estar durante un año enyesado...! Además, no existe una absoluta seguridad de éxito. Y si la primera operación fracasa, es posible que me viese convertido definitivamente en un completo inválido.

A nuestros pies, la Mármara, de un azul cobalto, hacía refulgir sus lentejuelas.

El duque de Tábara, pensativo, miraba el encaje negro que sobre el cielo violeta trazaba una colina cubierta de cipreses.

—Para jugármelo todo a cara o cruz necesitaría un gran Por qué...

XX

Muchas mañanas voy a misa a "nuestra capilla", como la llaman los Vivanco. Cerca de la calle principal de Pera, y después de salvar un cruzado de callejas y de pinas escaleras de piedra, una fachada modesta, en la que, con emoción, descubrí en mi primera visita el escudo de España, bajo la inscripción de "Comisaría Española de Tierra Santa". Es sencillo y regocijado este pequeño templo, perdido en la complicada madeja del barrio levantino de Constantinopla. Pero yo rezo en él mejor que en las vistosas y modernas iglesias, con su muchedumbre cosmopolita. Y me conmueve extrañamente ver en este Istambul las camisas azules y las boinas rojas de la Falange local, que ocupa los domingos los primeros bancos junto al altar.

XXI

Jaime ha marchado a Ankara, y Virginia, sin cometido, se ha dedicado en cuerpo y alma a Alfonso Tábara. Y, a mi asombro, Alfonso Tábara se deja hacer. Ayer por la mañana me participó con dos líneas "que no podía acompañarme, como hubiera sido su deseo". Y al rato, el motor de su lancha, cuyo trepidar, más silencioso que el de las otras, ya conozco, me hizo verle partir con Virginia a su lado. En vano me he esforzado por leer "La muchacha del pelo blanco", de Mahmud Yesari. ¡La viuda del pelo rojo es quien me inquieta! Soy una estúpida. ¿En virtud de qué pretendo acaparar a este hombre, a quien no conocía hace diez días y al que dejaré de ver, para siempre, dentro de ocho? ¿Qué puedo ser yo para Alfonso Tábara? ¿Qué puede ser él para mí?

¡Ah, eso ya es otro asunto!

Y puesto que me he dedicado a interrogarme, veamos claro de una vez. ¿Qué siento yo por Ali Vivanco...? Sin dudarlo, una extraña atracción desde el primer momento. Algo así como una ferviente y com-

pasiva admiración. Un irrazonado impulso a rodearle de ternura. A costa de lo que sea. Y una alegría sin fundamento en su presencia. Una alegría maravillosa y callada que no expreso ni con un gesto, pero que me late en los pulsos y me tiembla en los labios... Y ahora, como revelación, un sordo dolor porque se lo lleva otra...

Yo misma no comprendo cómo es posible... Hace unos semanas yo ignoraba su existencia... Dentro de unos días todo habrá acabado... ¿Todo? ¡No! Yo sé que todo empezará realmente, porque mi derecho a soñar me pertenece.

¡Ay, Juan Iraeta! ¡Juan Iraeta!

Serenamente, fríamente, ¿qué soy yo para Alfonso Vivanco? Una compañera agradable, sedante, que sabe escuchar... ¡No! Seamos justos, algo más: un espíritu que, bajo su timidez, oculta una cierta delicadeza y que a él "dilettante en almas", agrada ir descubriendo.

Y yo, conscientemente, le sigo su juego...

¡Pero que no sepa jamás con qué dicha inefable voy desmontando, bajo su mirada grave, el interior de mi caja de música!

XXII

Han pasado tres días. Virginia y Tábara han proseguido sus excursiones. Nadine y Hallières se han emparejado, y yo me dedico a realizar grandes paseos solitarios, en los que a veces me acompaña Stanley o Graham. Creo que debiéramos ir pensando en marcharnos. Se nos convidó por una semana, y llevamos aquí tiempo indefinido. Pero nadie habla de arrancar. Cuando menos lo piensen voy a ser yo la que dé la señal de partida.

La Ilescu nos ha participado en una de las últimas sobremesas que ella y Hallières piensan escribir una novela a medias. Algo así como "le Roman des Deux", en vez de "le Roman des Quatre". Nadine, al confesárnoslo, lo hacía con rubros de novia.

(Continuará)

Los Hermanos Cristianos...

(Continuación).

ALGUNOS TESTIMONIOS

"Nada ha sido tan útil a la religión y a la sociedad como los ejemplos y las poderosas creaciones de San Juan Bautista de la Salle, cuya obra ha merecido excelentemente de la Iglesia y de la sociedad civil".

León XIII

"Alabo la gran familia de la Salle por el puesto eminente que ocupa en la Iglesia y por los servicios importantísimos que presta a la religión y a la instrucción; apenas es creíble cuánto ha progresado la juventud por este medio en el estudio de todas las virtudes. Sí, lo más importante para la Iglesia y para la sociedad en el día de hoy es la escuela, el colegio cristiano".

Pío XII

"Los Hermanos me orientaron hacia el sacerdocio por sus exhortaciones, sus ejemplos y sus luces. Si plugo al Señor llamarme a los puestos más altos de la Iglesia, sin duda alguna fueron ellos quienes comenzaron a trazar las líneas sagradas y a preparar en mi alma las aptitudes para la sublime misión".

Cardenal Villeneuve,
Arzobispo de Quebec.

"Conozco el bien que hacen en Colombia los Hermanos Cristianos, mis antiguos maestros, gracias a los métodos admirables que emplean; porque hay que saber que San Juan Bautista de la Salle es el segundo pedagogo del mundo, ya que el primero es Cristo Nuestro Señor".

Mons. Juan M. González,
Coadjutor de Bogotá.

¿Qué necesidades llena el Seguro de Vida?

Su familia debe seguir haciéndole frente a las exigencias de la vida, aun cuando Ud. falte. Los suyos necesitarán siempre:

- * ALIMENTACION ADECUADA ;
- * VESTIDO APROPIADO ;
- * CASA CONFORTABLE
- * ATENCION MEDICA ;
- * EDUCACION DE LOS NIÑOS

La póliza ordinaria de vida se adapta al hombre que desea proteger a su familia apartando una pequeña cantidad de sus entradas, ya que las primas que se deben pagar al Banco son muy bajas.

La póliza ordinaria de vida goza de dividendos anuales que pueden cobrarse en efectivo o acumularse al monto del seguro, y ofrece muchos otros beneficios.

Llame al teléfono 5800 o escriba a la Sección de Ventas y con gusto ampliaremos los informes y estudiaremos su caso particular.

¡Tenemos un plan de seguro para cada persona!

BANCO NACIONAL DE SEGUROS Fundado en 1924

"Sin desechar los métodos de su Fundador, los Hermanos han llegado a un grado de perfección admirable en lo tocante a instrucción y educación".

Ribot,

Presidente del Gobierno Francés

"Lo digo con franqueza, quisiera ver prevalecer los métodos de San Juan Bautista de la Salle, no sólo en todas las ciudades, sino también en todos los pueblos y aldeas".

Thiers.

Presidente de Francia

"Entre los Institutos establecidos para la educación de la juventud, el de los hermanos ocupa un puesto eminente. Son de tanta trascendencia los servicios prestados por él a la religión y a la Sociedad que esos mismos servicios patentizan con toda evidencia que dicho instituto ha sido fundado por especial disposición de Dios".

Pío XI.

Lo primero que hay que hacer para rivalizar con los Hermanos Cristianos es es-

tudiar sus métodos. Somos libres de tener, en lo tocante a ideas religiosas, ideas contrarias a los Hermanos; pero debemos tener bastante independencia para reconocer su superioridad, sobre todo cuando es **Manifiestamente aplastante.** Creo que nadie me puede tachar de clerical, y sin embargo declaro que si fuera Ministro de Instrucción pública, mi primer acto sería nombrar Director de la Enseñanza de toda Francia al Superior de las Escuelas Cristianas.

Dr. Gustavo Le Bon

Gran libre pensador francés.

¿CUANDO, MI VIDA, CUANDO...?

Cuál es la pregunta de todos los que tienen que andar a pies por las calles de este tranquilo San José.

Cuándo los automovilistas, los camioneros y las bicicletas dejarán de ser tan temible amenaza...?

Cuándo se podrá caminar sin miedo ni sobresaltos, sin el peligro de perecer a cada instante...?

El descubridor de las Vitaminas

Hace doce años, en 1933, un profesor de Cambridge, un hombre de sesenta y dos años, con la expresión de un filósofo y los ojos de un poeta, le dijo a una de las concurrencias más eruditas del mundo, a la Asociación Británica para el avance de la Ciencia:

"Todo lo que sabemos de la vida es que no sabemos nada", Añadió en su estilo suave, caprichoso:

"El advenimiento de la vida fué el acontecimiento más improbable y más significativo en la historia del universo".

En estas dos sentencias Sir Frederick Gowland Hopkins se reveló así mismo — el más paciente, el más consciente y el menos dogmático de los hijos de la ciencia; un hombre que había encontrado un nuevo mundo y que por razón de ese des-

cubrimiento iba a ayudar poderosamente a salvar el viejo.

Hopkins, el diligente estudiante de la vida, cuyo el descubrimiento de las "vitaminas", es decir, de los elementos de la vida en los alimentos, iba a hacer su nombre famoso a través del mundo, nació en Londres en 1861. Habiéndose graduado como químico analista alcanzó éxito en su profesión y su interés, el interés del filósofo y del poeta, se tornó de la química de las cosas inanimadas a la química de las cosas vivientes, a la vida moviéndose misteriosamente contra la marea universal de desintegración y decadencia, y en sus propias palabras, logrando la "interrupción de la disminución de las energías".

Sólo había una senda que le conducía

al bosque donde intentaba aventurarse — el hecho descubierto hacía un siglo de que si los marineros no obtenían comida fresca durante un periodo de tiempo prolongado enfermaban de escorbuto. También se había descubierto que si en ausencia de alimentos frescos tomaban jugo de limón, en cantidad pequeña, a intervalos, no adquirían la enfermedad mencionada.

¿Qué contenía el jugo de limón que las carnes saladas y los alimentos en conserva no poseían? La respuesta no fue dada nunca hasta que Hopkins, trabajando en la solución del mismo problema, pero en otro sentido, la dió de manera inequívoca. Contenía una sustancia vital, uno de los eslabones que une, misteriosamente a las cosas vivientes con las que no tienen vida.

Hopkins había hecho el descubrimiento de que las grasas animales contenían una sustancia en ausencia de la cual se interrumpe el crecimiento.

Advirtió que esta sustancia se tornaba ineficaz cuando se exponía al oxígeno. Encontró también que si se añadía a una dieta de la cual se había excluido anteriormente, los síntomas causales por su exclusión aparecían rápidamente.

Hopkins llamó su sustancia, la que aparentemente se disolvía en la grasa animal "Vitamina A", y dijo que se trataba de una "sustancia alimenticia esencial". La Vitamina A, por lo tanto, ocupó su lugar al lado del "frescor" del jugo de limón de

otros días, al que se le dió el nombre de vitamina C.

La atención de Hopkins y de los Mellanbys, marido y mujer, ambos distinguidos en la investigación médica, se concentró en la enfermedad conocida como raquitismo, ya que la enfermedad parecía corresponder estrechamente en sus síntomas a la condición producida por la remoción de las grasas animales (Vitamina A) de la dieta. El raquitismo estaba caracterizado por el ablandamiento de los huesos y por deformidades de los mismos y de los dientes. Por mucho tiempo se atribuía la enfermedad en cuestión a la falta de sal, aunque había otros que creían que la falta de luz y aire jugaban un papel en el desarrollo de la misma.

La ciudad de Glasgow fué afectada seriamente por los casos de raquitismo; el suministro de agua de Glasgow procede de Loch Katrine y el agua es notablemente ligera, es decir, carente de cal. Se aceptó como casi un axioma que Loch Katrine era la madre de los raquíuticos de Glasgow.

Hopkins, pensó de otra manera, y gracias a sus descubrimientos la dieta de los muchachos de Glasgow fué examinada científicamente. Se encontró entonces que donde abundan los casos de raquitismo había falta de vitamina A.

Mayor luz se arrojó sobre el problema después de la guerra de 1914-18 cuando un grupo de médicos fué a Viena a hacerle frente al gran número de casos de raquitismo que habían surgido en dicha ciu-

BETTINA DE HOLST HIJOS

LE OFRECEN:

Gran variedad de artículos para bebé, juegos bordados en todo color de cotoncitas y gorros, juguetes etc. Gran surtido de pañuelos bordados, y de lino. Lentejuelas de todo color y clase. Elásticos de seda.

dad a causa de la escasez de comestibles ocasionada por las condiciones bélicas. Se distribuyeron enormes cantidades de aceite de hígado de bacalao, sustancia especialmente rica en Vitamina A, y durante los meses de invierno se obtuvieron excelentes resultados.

Vino entonces el verano y para asombro de los médicos los niños que no habían recibido aceite de hígado de bacalao comenzaron a restablecerse, por lo que parecían no estar en peores condiciones que aquellos a los que se les había proporcionado el aceite.

Miss Harriete Chick, una de los médicos, llegó a la conclusión de que la luz solar ejercía sobre el cuerpo humano los mismos efectos que las grasas animales. Lo demostró con las lámparas de la luz solar.

Esta era otra razón por la cual Glasgow con su clima neblinoso estaba tan llena de raquíticos. Aquí estaba también la explicación del uso de aceites vegetales, que no contienen Vitamina A, en tierras solares, y el uso de aceites animales—esperma de ballena, por ejemplo—en las regiones Árticas.

Hopkins había abierto una senda hacia lo desconocido. Centenares de trabajadores empezaban a cruzar a través de la misma. Muy pronto se descubrió una sustancia que podía absorber la luz solar como el papel secante absorbe la tinta y la cual podría de ese modo ser añadida al alimento para proporcionarle cualidades nutriti-

vas adicionales. Esta sustancia se denomina "ergosterol" o después de expuesta a lámpara de luz solar, "eresterol" irradiado.

Nuevas vitaminas fueron descubiertas con una rapidez casi asombrosa. La Vitamina A se separó en la Vitamina A y en la Vitamina D, mientras que la Vitamina B, el elemento presente en el germen del trigo, se escindió en la Vitamina B1 ("aneurina"), B2 ("reboflavina") y la tan conocida "pellagra", factor preventivo.

Hopkins, para sintetizar, había creado una nueva ciencia de vida, y en correlación con la misma, una nueva ciencia dietética. La Universidad de Cambridge, que tanto lo había honrado, anunció su descubrimiento como:

"una inmensa gracia conferida a la raza humana por un solo hombre".

Su propia descripción era más significativa, particularmente a la luz de lo que iba a seguir después:

"Sabemos ahora, —dijo a la Real Sociedad—, que una falta en la calidad puede ser tan deletérea como un fracaso en la cantidad".

Eso se dijo en 1935. Cuatro años después la Gran Bretaña, luchando por su existencia, tuvo que desarrollar una dieta científica, una dieta de calidad más bien que de cantidad, o perecer. Hopkins había logrado que la Gran Bretaña no pereciera. Sus principios fueron aplicados en los oscuros días de los ataques submarinos alemanes.

Para sus BUENOS LIBROS

La Librería Las Américas

Avenida Central

Teléfono 5507

CARTERAS ARGENTINAS

Tenemos Carteras Argentinas, de verdadero cuero, en todos colores, de Charol y de gamuza. Precios sin competencia.

Sara Casal Vda. de Quirós

Dirección: de la Pulpería "La California, 100 al Norte y 25 varas a la derecha Casa N° 2730.

CURSO DE COCINA PRACTICA.

RECETAS DE COCINA

Picadillo de papas

Se lavan bien las papas, se pelan con un pelador que es la mejor manera, más ligero y no se desperdicia la papa porque el pelador apenas quita la piel de la papa. Se cortan en cuadritos; se pica un pedazo de lomo de la víspera; se prepara la manteca y demás condimentos como para cualquier picadillo y se fríe la papa un buen rato, después de que se le agrega la carne, se fríe otro rato, sal al gusto, y por último se le echa un medio cucharón de caldo, según la cantidad de papas y se dejan cocinar hasta que estén las papas bien suaves. El secreto de los picadillos es no echarles mucha manteca. La pimienta a última hora les da muy buen gusto, pero no es aconsejable para las personas delicadas de estómago. Si les gusta darle color, se tiñe con achiote. Si se quiere variar se le pone chorizo en lugar de carne.

Picadillo de papas con leche

Se lavan las papas, se pelan y se cortan en pedazos alargados; se pone la cacerola al fuego con una cucharada de manteca, y se echa un pedazo de cebolla picada finamente, un diente de ajo pelado y majado, perejil, cuando la cebolla está cocinada sin dorarse se echan las papas y se fríen un rato, enseguida se les echa un poco de leche y se dejan cocinar, sal al gusto, se coloran, si se quiere, con achiote; cuando están cocinadas se retiran del fuego.

Papas enteras fritas

Se escogen papas pequeñas, se lavan, se pelan y se fríen en una sartén con bastante manteca, dándoles vueltas para que se fríen un poco y se les pone un poquito de sal y se meten al horno caliente para que se cocinen bien y se doren, hay que tener cuidado de estar dándoles vueltas, para servir las se les escurre bien la manteca.

¡Alabado, adorado, amado, sea el Corazón Eucarístico de Jesús,
en todos los instantes, en todos los tabernáculos!

COMPRE LOTERIA NACIONAL

Es la que ofrece más probabilidades de obtener premios de sumas considerables. Además, si se es patriota, debemos apoyarla, pues su producto es para sostener los gastos, aumentar las comodidades, y poner nuestro Hospital San Juan de Dios cada día en mejores condiciones para servir a los costarricenses.

Aproveche

LAS FACILIDADES QUE EN SU

SECCION DE AHORROS

LE OFRECE EL

Banco de Costa Rica